

# Cuentos para tardes azules

Rosa Isabel Zarama Rincón

## Cuentos para tardes azules

© Rosa Isabel Zarama Rincón

Primera edición, octubre 2020

ISBN: 978-958-49-0318-1

Diseño de portada:

Juanita Isaza Merchán

Ilustración:

Claudia Marcela Villota Rincón

Andrés Bastidas Bucheli

Juan Pablo Lozano Villota

Corrección de estilo:

Clara Isabel Álvarez

Impresión:

Graficolor Pasto SAS

Calle 18 No. 29-67

7310652 - 7311833

graficolorpasto@hotmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o cualquier propósito sin la anuencia por escrito del autor.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

## Contenido

El amor de las mujeres . . . . .	5
¡Bienvenida a casa, mi amor! . . . . .	23
El ausente . . . . .	29
El dolor de mi padre . . . . .	35
La despedida . . . . .	43
Volver a Pereira . . . . .	49
No tengo compañía . . . . .	63
La hija de la loca . . . . .	75
El dilema de mi papá . . . . .	97
La monja desaparecida. . . . .	107
Lía, ¡hasta nunca! . . . . .	127
Pilar me llama . . . . .	139
El mejor lugar para vivir . . . . .	167



## El amor de las mujeres

**D**urante mucho tiempo, me atormenté pensando por qué no resulté atractivo para las damas. Me miro en el espejo y veo a un hombre normal: ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni feo ni guapo, ni genio ni tonto. Gracias al fútbol que practiqué en el colegio, aún conservo una figura relativamente esbelta y juvenil.

En mi adolescencia y en mi juventud tuve varios noviazgos: unos, de unas pocas semanas, otros, de varios meses. Casi al finalizar mi época universitaria, durante la jornada del paro cívico del 14 de septiembre de 1977, en el que los estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia participamos activamente contra el gobierno

de Alfonso López, conocí a Patricia. Me enamoré de ella. Nos enamoramos, para no dar más vueltas. Siempre me pareció alegre y trabajadora. Ambos terminamos agronomía. Cada uno, por su lado, empezó a laborar en instituciones del Estado y a los pocos meses nos casamos.

Nuestras hijas llegaron de forma sorpresiva e irregular. Ximena, la mayor, nació cuando celebramos nuestro primer aniversario; Clara María, en el quinto año de casados, y Liliana, trece meses después del nacimiento de su hermana. Puede sonar trillado, pero así lo siento y lo vivo: cada una de mis hijas fue un regalo de la vida. Con cada una de ellas me maravillé observando su perfección. Me sorprendía que Patricia y yo hubiésemos gestado criaturas tan hermosas. Verlas crecer, aprender cosas, divertirnos con sus ocurrencias y con sus experiencias del mundo que empezaban a conocer fue para nosotros una enorme alegría. Nos entusiasmó observar

cómo se convertían en mujeres y consolidaban sus personalidades. Yo fui y soy un papá feliz.

Nuestra vida matrimonial transcurría con normalidad. A veces teníamos peleas, distintas opiniones con respecto al manejo de los gastos, pero siempre valorábamos la buena comunicación y la placidez en la que vivíamos. Nos entendíamos bien con nuestras familias políticas, aunque algunos parientes, amigos y colegas no vacilaban en calificarla de aburrida. Nuestros ingresos nos permitían formar parte de la honrosa clase media-media colombiana. Cubríamos nuestros gastos y cada mes nos dábamos uno que otro gusto; nada de excesos ni lujos.

Las niñas crecieron y se convirtieron en profesionales. Ximena fue una buena estudiante, lo que le permitió obtener una beca para cursar su maestría en México. Días después de su partida, sucedió la ho-

rrible tragedia: ¡La flota en la que Patricia viajaba de Manizales a Bogotá se fue a un abismo en La Línea! Algunos pasajeros sobrevivieron... lamentablemente, mi esposa no se encontraba en esa lista afortunada.

La llamada del agente de policía que me dio la fatal noticia, me sonó como de ultratumba:

—¿Cómo? ¿Qué? ¡Explíqueme de nuevo que no entiendo nada! —Respondí.

No podía entender. No quería entender.

El tiempo que transcurrió entre la llamada del agente de policía y los meses siguientes, fue negro. Sentía que caminaba entre nubes de tristeza y depresión. Yo, que siempre fui de pocas lágrimas, me sorprendía cuando ellas se deslizaban solas. ¿Era posible contenerlas? Nunca lo aprendí. En esos meses no fui un buen soporte para mis hijas, ¡lo siento! Cada uno vivía y superaba su pena como podía.

Las penas, poco a poco, se volvieron menos intensas. Un día, cuando espontáneamente escogí un chaleco azul rey para vestirme, sentí que volvía a recuperar la vida. Paulatinamente, fui comprendiendo que el tiempo del duelo pasaba y empecé a sentir la profunda y desagradable soledad. Yo nunca he pertenecido a ese club de hombres que se sienten felices de estar solos. Era tiempo de volver a conquistar. Por supuesto, no es lo mismo enamorar a los veintitantos años que a los cincuenta y tantos, pero... lo que nunca imaginé fue que iba a ser tan difícil.

Puse mis ojos en María Fernanda, una compañera de trabajo que siempre me pareció inteligente y simpática. Empezamos a salir con entusiasmo, pero... ¡sorpresa!, sus hijos eran un par de adolescentes maleducados y la madre absolutamente complaciente. Poco a poco me di cuenta que esos chicos eran una alta barrera que yo no estaba dispuesto a saltar; descubrí que mi

compañera era una maravillosa empleada, pero un caos en su vida familiar. Empecé la retirada. La dama intentó retenerme, pero con una sonrisa respondí: “no”.

Las semanas transcurrían con calma. Un día, haciendo una diligencia en la notaría que quedaba cerca de la oficina, vi con otros ojos a una de las funcionarias. La conocía desde hacía mucho tiempo, pero nunca me había interesado. Era atractiva, estaba en los cuarenta, sus modales eran finos y, al averiguar que era soltera y sin hijos, decidí acercarme a ella.

Un sábado, cuando la notaría estaba de turno, me inventé una autenticación, escogí con cuidado la hora: cerca del mediodía. Cuando me acerqué, la saludé, y la invité a almorzar, su rostro reflejó un agradable asombro: sonrió y me dijo que la esperara veinte minutos mientras concluía la jornada. No tuve ninguna dificultad en espe-